

LOS SECTORES POPULARES Y LA POLÍTICA: UNA REFLEXIÓN SOCIO-HISTÓRICA

Rodrigo Baño

Departamento de Sociología, Universidad de Chile
rbano@uchile.cl

RESUMEN

En este artículo se establecen, de acuerdo a ejes de conflicto social, ciertas bases para la definición de lo popular en lo que son sus principales sectores, analizando su acción política en varias épocas del siglo XX. Después de revisar los enfoques históricos que han existido al respecto, se analiza la incorporación de los distintos sectores sociales en la vida política del país, desde el punto de vista de su participación electoral y de sus relaciones con sus representantes, desde los años 20 hasta hoy en día. Luego, se analizan las formas de movilización política del sector popular heterodoxo para finalmente reflexionar acerca de las condiciones actuales que lo definen hoy.

PALABRAS CLAVE: SECTORES POPULARES, CONFLICTO, POLÍTICA, MARGINALIDAD, CLASES SOCIALES

ABSTRACT

This article establishes, according to social conflicts axis, certain bases for the definition of "lo popular" in reference to principal sectors and in analyzing its political action in several periods of the 20th century. After reviewing the historical approaches that have arisen on this matter, the article analyzes the incorporation of different social sectors into the political system, from the perspective of electoral participation and representative relations since the 1920's. Finally, political mobilizations of the heterodox popular sector are analyzed in order to reflect on the present conditions that define it today.

SOBRE EL AUTOR

Rodrigo Baño es licenciado en ciencias jurídicas y sociales, abogado y licenciado en sociología en la Universidad de Chile. Fue profesor en la Escuela de Derecho de la Universidad de Chile hasta 1973, luego profesor investigador de FLACSO durante veinte años y se reintegró a la Universidad en 1992, siendo actualmente profesor de Sociología Política y Sociología del Estado en la Facultad de Ciencias Sociales. Entre sus publicaciones destacan los libros *Lo social y lo político* y *De augustus a patricios*. Editó recientemente *La Unidad Popular 30 años después*. Tiene además numerosos artículos publicados en revistas nacionales y extranjeras.

Introducción

Con los sectores populares, como con tantas otras cosas, se suelen emplear los sobreentendidos como recurso habitual para evitar complicaciones difíciles de abordar. Lo mismo ocurre con términos como capas medias, democracia, Estado, y tantos otros de uso habitual en las llamadas ciencias sociales. Se da por supuesto que todos entienden de qué se está hablando y hasta resulta impertinente que alguien pregunte ¿qué es eso?, de manera que tal pregunta sólo se emplea como recurso para ganar tiempo o para eludir un debate que se torna especialmente fastidioso cuando se demora en reconocer que tenemos la razón. No obstante, estos sobreentendidos, que en otras circunstancias son las bases de la comunicación, aquí están dando cuenta más bien de un problema; porque realmente no se sabe de qué se está hablando o, al menos, puede que cada uno esté entendiendo cosas muy distintas.

Por supuesto, no es que recién se nos ocurra aquí preguntar qué son los sectores populares, pues hace ya bastante tiempo que se viene haciendo la pregunta y ensayando respuestas. Sin embargo, las confusiones persisten y los términos siguen siendo polisémicos. De manera que si queremos hacer algunas consideraciones acerca del tema de los sectores populares y la política, parece indispensable hacer algunas aclaraciones previas que nos permitan delimitar el tema.

Como suele decirse, el hacer una pregunta ya implica un principio de respuesta. Siempre que preguntamos ¿qué es esto?, ya tenemos una delimitación, gruesa e imprecisa, de aquello sobre lo cual preguntamos; en caso contrario no podríamos plantear siquiera la pregunta. ¿Cuáles son las características más genéricas de aquello que denominamos popular? Una primera aproximación nos señala que se trata de un conjunto humano que tiene la condición de pobre, es decir que carece de lo que otros sujetos de la misma sociedad tienen y gozan. La condición de pobre es una condición de carencia, aunque esta condición se mide respecto de una sociedad históricamente situada y no en términos absolutos. Por cierto que entre los pobres podremos encontrar a aquellos que no tienen lo que les permite sobrevivir en términos absolutos, pero hay también una dimensión relativa de la pobreza que queda establecida en cada momento social.

Además, existen otras características genéricas de lo popular que no hacen referencia a la contabilidad de bienes y servicios que se posean. No se trata aquí de considerar las consecuencias que puede acarrear esta carencia en sus relaciones sociales. Siempre se ha dicho que los pobres son los "humillados y ofendidos", pero no siempre se tiene en cuenta que esta antigua consideración hace referencia a otra característica genérica que define a lo popular: son sectores dominados en un sistema dado. Naturalmente, de manera individual, se puede ser dominado sin ser pobre o, aunque más difícil, se puede ser pobre sin ser dominado; sin embargo, como sector ambas características van juntas.

Por otra parte, cuando se habla de "lo popular", muchas veces se está haciendo referencia a una determinada categoría social en cuanto objeto pasivo de las acciones realizadas por otros sujetos, o como ocasión u obstáculo para tales acciones. No obstante, como se ha vuelto a enfatizar en algunos estudios¹, lo popular también puede considerarse como sujeto popular y se puede evaluar sus orientaciones y acciones en el proceso social.

Ahora bien, por las razones que confiamos que queden más claras en el desarrollo del presente trabajo, creemos que lo popular debe ser considerado como sujeto social y, especialmente, como sujeto político. Como hemos señalado en otra oportunidad, una sociedad determinada se entiende como sistema de dominación, que define gruesamente lo que ahora denominamos sectores populares. Existe la imposición de un determinado orden político, que garantiza coactivamente determinadas relaciones sociales en beneficio de quienes predominan en ellas. No obstante, este orden no se entiende si no se le considera también como respuesta al proyecto alternativo que los sectores dominados sustentan de manera real o virtual. Si no existiera esta tensión entre proyecto dominante y proyecto alternativo, la transformación histórica resultaría inexplicable. En esta aproximación genérica a la conceptualización de lo popular, plantaremos algunas consideraciones políticas respecto de este sujeto, ya que creemos que lo popular no es una categoría inerte, sino que incide, por distintos medios y con distinta fuerza, en la definición de la voluntad colectiva de una sociedad, que es el campo de la política.

Obviamente nos encontramos aquí otra vez con el problema de las definiciones, ya que, si resulta difícil definir lo popular, también es sabido que es bastante difícil definir qué es la política, especialmente desde que ha surgido todo tipo de críticas a la referencia estatal de la política. En efecto, son múltiples las observaciones que se han hecho y se siguen haciendo respecto a lo restringido que resulta el referir la política exclusivamente a lo estatal. Más aun, no sería exagerado señalar que gran parte del desarrollo del análisis de temas como movimientos sociales, ciudadanía, participación ciudadana y otros, se inician denunciando el error de reducir la política al Estado. No es éste el espacio adecuado para entrar a la discusión respecto de qué es la política y si ésta se reduce o no a lo estatal. No obstante, es necesario aclarar también aquí la perspectiva que se adopta para evitar equívocos. Porque resulta que también el término Estado entra al baile de las confusiones y al juego de los sobreentendidos que nadie entiende. Si se habla del Estado como instituciones, si se habla del Estado como aparato de administración o si se habla del Estado como gobierno, reducir la política a lo estatal puede parecer bastante restringido. Pero si se entiende el Estado como

¹ Especialmente relevantes al efecto son los estudios siguientes: Gabriel Salazar. 1985. *Labradores, peones y proletarios. Formación y crisis de la sociedad popular chilena del s. XIX*. Santiago: Ediciones Sur y del mismo autor (2000). *Violencia política popular en las grandes alamedas*. Santiago: Ediciones Sur.

principio de totalidad social, como voluntad del todo social, entonces parecieran no plantearse tantos problemas.

Es bien sabido que las discusiones semánticas pueden ser interminables y muy poco aportan al desarrollo del conocimiento. La pelea por las palabras, especialmente cuando están cargadas en el plano valórico, como democracia o equidad, muchas veces más bien ocultan que aclaran los puntos de vista que se defienden. En consecuencia, poco importa que se acepte como Estado el principio de totalidad social moderna, o se hable de lo público o de lo social, porque aquí lo que interesa es dejar establecido que la política es aquello que se relaciona con la voluntad de una totalidad social con pretensiones de soberanía. Con esto debería quedar claro que no se considera política sólo la acción de la asociación política, sino todas aquellas acciones que se relacionan con la pretensión de adquirir posiciones de poder en esta asociación o influir en la determinación de esta voluntad política, ya sea dentro de la actual o de una transformada institucionalidad.

Es a partir de estas preliminares definiciones de lo popular, como situación de pobreza en una relación de dominación social, y de política, como aquello referido al Estado en cuanto expresión del todo social, que se intentará abordar el tema planteado en el título.

Condiciones objetivas y perspectiva del conflicto

No sólo respecto de los sectores populares, pero particularmente respecto de ellos, difícilmente se logran superar las discusiones entre objetivistas y subjetivistas en los análisis sociales. Discusiones que, por lo demás, no han dejado de tener repercusiones políticas concretas. Cada una de las posiciones en disputa ha tenido sus momentos de auge y de depresión y tampoco han sido raros los intentos por tratar de conciliar tales postulados teórico-metodológicos. Podría decirse que en el momento actual, las posiciones estructuralistas tienden a declinar, mientras que abundan los descubrimientos del sujeto desde hace algún tiempo. En política, ya lejanos los tiempos en que se planteaba el tema de las condiciones objetivas y subjetivas del cambio y de la revolución, las consideraciones estructurales también tienden a declinar. No obstante, cualquier análisis, por muy subjetivo que haya sido planteado, requiere una referencia objetiva a pesar de todas las salvedades de entrecornillar o relativizar. Es posible prescindir de objetividades esenciales, pero no de toda objetividad, aun aceptándola como provisoria y consensual.

Es muy posible que sea el principio de subjetividad el que defina la época moderna² y que su desarrollo todavía esté en curso. El fuerte idealismo que impregna el

² Uno de las mejores exposiciones al respecto se encuentra en Habermas, Jürgen. 1989. *El discurso filosófico de la modernidad*. Madrid: Taurus.

actual desarrollo teórico puede ser consecuencia de ello. Sin embargo, el piso de objetividad sigue siendo necesario. Por ello, y sin ánimo de entrar en polémicas para las cuales no tengo capacidad, permítaseme utilizar las categorías objetivo y subjetivo para hacer referencia a lo que puede considerarse, respectivamente, la caracterización externa de lo popular y el carácter relacional de tal definición. Por lo demás, este enfoque no es tan arbitrario si es que recordamos lo que han sido los estudios sobre los sectores populares en América Latina y que, naturalmente, abarcan también a Chile.

La cuestión de las clases sociales en la región fue un tema largamente debatido. El atractivo que tuvo en buena parte de los intelectuales el esquema clásico marxista, mantuvo durante bastante tiempo una preocupación por tratar de determinar las características del modo de producción implantado en la región y cómo éste se expresaba o no en una determinada estructura de clases. Durante buena parte del siglo XX, se plantearon interesantes e interminables discusiones acerca de la estructura social prevaleciente y cómo ello se relacionaría con determinados fenómenos políticos y sociales que ocurrían en la zona, así como la eventualidad de cierto desarrollo del proceso social. Aún admitida la diferencia entre un modo de producción típico ideal y una formación histórica concreta, nunca resultó fácil adaptar las categorías teóricas a la comprensión de los fenómenos sociales del momento. Muchas veces los criterios de clases se confundían con criterios de estratificación como ocurría especialmente respecto del tema de las clases medias. No faltaban tampoco los casos en que se pretendía solucionar las dificultades del estructuralismo estricto haciendo concesiones al tema de las ideologías. En el caso de los sectores populares, el estructuralismo no tenía problemas en definir una clase obrera producto del desarrollo del capitalismo industrial o minero, pero tenía serios problemas para encuadrar la entonces extensa población rural y para dar cuenta de los pobres de la ciudad.

Ya en la década del sesenta, empieza a cuestionarse esa visión estructuralista, objetiva, de los análisis sociales, para llamar la atención acerca de la constitución de sujetos sociales en términos de acción. Por cierto que aquí se exagera la unilateralidad de enfoques, ya que, de hecho, en las presentaciones objetivistas de las clases en términos estructurales siempre se tuvo presente el tema de la conciencia como fundamental para la comprensión de su comportamiento. De la misma manera, el descubrimiento del sujeto siempre tuvo presente las condiciones objetivas en las que los individuos actuaban.

No obstante, la perspectiva del sujeto introdujo una nueva manera de enfrentar el tema de los sectores populares. La crítica al llamado "esencialismo de clase" se desarrolló con fuerza y adquirió mayor presencia el estudio de los llamados movimientos sociales a partir de los trabajos publicados en Europa.

Esto implicó el rechazo a la idea de sujetos objetivamente constituidos que podían desarrollar o no su conciencia y emprender acciones consecuentes, para reemplazarlos por la idea de sujetos sociales que se constituyen en la acción y que son definidos por ella. Si doy estos torpes y gruesos brochazos para recordar los enfoques con los que se abordó el tema de los sectores populares, es porque pretendo que ellos sean esclarecedores para plantear algunas consideraciones acerca de la relación de éstos con la política. Como se señalaba precedentemente, lo popular pareciera efectivamente hacer referencia a una condición objetiva, la pobreza, y a una situación relacional, conflictiva, que es la dominación. Esta última se correspondería bastante con la perspectiva movimientista, que ve en la acción, en el conflicto, la base de constitución de los sujetos sociales.

La condición objetiva de pobreza de los sectores populares es la característica general de todo lo popular, pero es su otra característica, su condición de dominados, lo que permite entender la constitución de sujetos populares. Esta condición hace referencia a una relación social de carácter conflictivo y es precisamente el tipo de conflicto el que determina significativas categorías sociales. Los sectores populares no constituyen meramente una categoría social identificable estadísticamente de acuerdo a determinados parámetros, sino que conforman sujetos sociales definidos en relación con otros sujetos sociales. La objetivación de los sectores populares, en cuanto se les considera un producto de determinadas condiciones económicas, o una simple resultante de la aplicación de determinadas mediciones de variables, olvida que se hacen significativos en la medida que hay un determinado conflicto que los define como sujetos y olvida el carácter relacional que tienen los sujetos sociales. En efecto, cuando se pretende analizar los sectores populares en relación con la política, no se puede dejar de considerarlos en cuanto sujetos sociales y referirlos al conflicto que los define. Esto no significa adherir a una visión activista de los sectores populares, en el sentido que estén siempre desplegando una actividad directamente orientada a la resolución del conflicto en el cual están definidos³. Es perfectamente posible que en determinadas circunstancias adquieran una posición más o menos pasiva o que desplieguen mayor o menor actividad de lucha, que tengan mayor resignación o rebeldía, pero lo que no pueden eludir es el conflicto que los configura como sujetos.

Por otra parte, el conflicto no es de carácter general y abstracto, sino que es concreto e históricamente situado. En tales circunstancias, pareciera adecuado señalar que tal conflicto tiende a adquirir dos ejes principales de desarrollo: uno que se despliega en términos de la dominación directa que establece la relación

³ Hay quizás un excesivo énfasis en esta perspectiva en el libro de Gabriel Salazar y Julio Pinto. Véase Salazar, Gabriel y Pinto, Julio. 1999-2002. *Historia contemporánea de Chile*. Santiago: LOM Ediciones.

de producción capitalista, relación "objetivamente conflictiva"⁴ en torno a la apropiación del producto del trabajo; el otro es el eje planteado en términos de exclusión genérica del producto social independiente de una relación de producción directa. En el primer caso, el conflicto se presenta en términos de clases sociales, mientras en el segundo caso se encubre en términos de estratificación. En uno, está planteado el problema de la enajenación del producto del trabajo, mientras en el otro está planteado el problema de la ausencia de integración al aprovechamiento del producto social.

Es necesario aclarar que los ejes de conflicto se traslapan en buena medida y resulta bastante difícil determinar los sectores sociales objetivos que corresponden estrictamente a cada uno de ellos. Por una parte, puede resultar relativamente claro establecer la masa asalariada de carácter estable vinculada en forma directa a la producción de bienes y servicios, esto es, que se puede ubicar en la categoría empleados y obreros. Pero resulta mucho más difícil establecer el sector definido en términos de exclusión. Naturalmente se encuentran aquí los desocupados crónicos, que en los últimos años han abarcado aproximadamente un 10% de la población económicamente activa; pero también se incluye aquí la gruesa proporción de los denominados trabajadores por cuenta propia, que corresponde al 20% de la población activa, y que en su gran mayoría son de muy bajos ingresos; a esto habría que sumar también el muy particular sector del empleo doméstico, que aunque ha descendido, se mantiene en un sólido 6%; finalmente, habría que agregar a trabajadores de empresas en condición precaria y a quienes están en condiciones de pobreza o marginados del mercado laboral, como dueñas de casa y pensionados. Aunque no resulta fácil establecer una estimación del total de personas en este sector, está claro que su magnitud es considerable.

La diferenciación de los ejes del conflicto debe entenderse con las necesarias precauciones. Entre tales precauciones, habría que señalar, en primer lugar, que la nitidez analítica no se puede encontrar con facilidad en la realidad concreta. En segundo lugar, que en el mundo de hoy resulta extremadamente difícil determinar las formas de generar plusvalía en el trabajo, por lo que es complicado establecer los nexos y funcionalidades que se pueden producir entre diversos sectores. Pero es posible constatar que las orientaciones y acciones de quienes se definen según uno u otro eje pueden ser claramente diferenciables en Chile desde hace algún tiempo. Al menos eso es lo que sugiere cualquier breve revisión histórica.

⁴ Esto corresponde claramente al análisis marxista, que define la relación capitalista como una relación de explotación y, por tanto, objetivamente conflictiva.

Movimientos sociales y política

Una de las formas más características de entender la acción de los denominados sectores populares fue a través del estudio de movimientos sociales. Aunque tal enfoque se generaliza a partir de las perspectivas movimientistas, ligadas al énfasis dado al sujeto por sobre las consideraciones estructuralistas, desde mucho antes ya se hacía referencia al movimiento popular o de clase para dar cuenta del proceso desplegado en relación con el conflicto de clases o político. Lo que el movimientismo desplazó fue la consideración ortodoxa de las clases generadas por el capitalismo.

Ya desde antes, se tuvo conciencia de que no resultaba fácil aplicar conceptualizaciones propias de países de capitalismo industrial avanzado a países en que éste era bastante incipiente y que tenía que tomar en consideración un gran sector agrícola en que las relaciones sociales estaban lejos de ser las típicas del capitalismo. De ahí que una de las primeras redefiniciones estuvo vinculada a la comprensión de lo que ocurría en el campo. Se podría señalar que desde ese momento, ya queda planteada implícitamente la existencia de dos elementos de conflicto: el de los campesinos sin tierra (conflicto de exclusión) y el de los asalariados industriales y mineros (de apropiación del producto). Esto permitía la consideración de un movimiento obrero y de un movimiento de campesinos. Aunque en el caso de Chile este último fuera bastante esporádico y limitado.

Las dificultades para entender la situación concreta a través de las tesis estructuralistas, así como la dinámica social engendrada a partir de la creciente presencia de sectores populares no obreros en la política, facilitó la difusión de perspectivas de análisis centradas en el sujeto. En la medida en que las visiones estructuralistas empiezan a ser desplazadas por las centradas en teorías de la acción, adquiere mayor desarrollo el estudio de los movimientos sociales urbanos. Esto permite diferenciar el movimiento de trabajadores organizados en sindicatos y partidos, y el movimiento poblacional desarrollado fundamentalmente en los barrios marginales.

Pero la emergencia diferenciada de este sector marginal va a generar también fuertes discusiones acerca de lo que puede entenderse por política, tanto respecto de la forma como respecto de los contenidos. En cuanto a las formas se apreciará que en este nuevo sector no se utilizan los mecanismos habituales de la política, a través de la adhesión a partidos o sindicatos y demandas a las autoridades y participación electoral. Por el contrario, se advierte una fuerte presencia de medidas de fuerza y violencia (tomas de terreno, enfrentamientos con la policía, adhesión a organizaciones insurreccionales, etc.), que contrasta con el carácter más institucional que había adquirido el movimiento de trabajadores. En cuanto a los contenidos, mientras el movimiento de trabajadores trata de

articular reivindicaciones concretas en la relación laboral con proyectos de transformación social del sistema capitalista, las demandas de los marginales aparecen difusas, carentes de sistematización y proyección de largo aliento, ligadas muchas veces a problemas muy concretos de vivienda y urbanización.

Los análisis del movimiento de trabajadores y del movimiento poblacional tenderán a resaltar las diferencias entre ambos y las difíciles relaciones que se producen entre ellos. Esto, unido al hecho de que los trabajadores tiendan cada vez más a la acción de carácter institucional y a cierta alianza desarrollista con la clase media, llevará a algunos a plantear el "aburguesamiento de la clase obrera". Por su parte, en general, el movimiento poblacional aparece como un movimiento nuevo (no obstante el hecho que algunos busquen y encuentren antecedentes históricos que le den cierta continuidad) y su emergencia se vincula a los procesos de migración campo-ciudad que se producen como consecuencia del modelo industrializador impulsado desde fines de la década de los treinta. Por el contrario, el movimiento de trabajadores se considera en términos de una gran continuidad histórica ligada precisamente al desarrollo mismo del capitalismo en el país. Más aún, la lucha y conflicto político-social se sistematiza en términos de la presencia de este sector, ya sea en referencia al período heroico de las movilizaciones de trabajadores, fundamentalmente mineros, como en cuanto a su conflictiva incorporación al proyecto desarrollista industrializador (conceptuado políticamente como Estado de compromiso).

Es conveniente recordar que la preocupación por el segundo grupo, el sector marginal, que aparece como distinto a los trabajadores, sólo tardíamente va a ser planteada en cuanto movimiento social. Inicialmente lo que preocupa es su aparición como "masa marginal", definida espacialmente por su ubicación precaria en estas "poblaciones callampas" instaladas en los márgenes de la ciudad. Su situación política contrastaba con la de los trabajadores que tenían claros sus agentes (en las organizaciones sociales como los sindicatos, y en la articulación con partidos políticos de tipo clasista) y sus acciones (en cuanto lucha sindical y participación en movilizaciones político partidarias, incluidas las electorales). La existencia de un movimiento poblacional se planteará así tardíamente y se le asignará un carácter mucho más esporádico y difícil de delimitar en cuanto a agentes, acciones y objetivos. Sin embargo, desde mediados del siglo recién pasado, es notorio que el conflicto de exclusión empieza a hacer significativo ese otro sector social popular y sus acciones resultan visibles en la política.

El conflicto de exclusión y la política formal

Como se ha señalado precedentemente, el conflicto de exclusión aparece inicialmente en términos de marginalidad urbana, que es definida por las primeras

teorizaciones al respecto como de carácter pasivo y para la cual se propone precisamente una acción política gubernamental que logre movilizarlas para salir de tal situación. El término marginalidad fue extendiendo su significación y, empezando por la idea de marginalidad espacial, contempló más ampliamente una marginalidad económica, social y política de estos sectores. El posterior declive de las teorías de la marginalidad dará lugar a otras conceptualizaciones, como informalidad, exclusión, pobreza y vulnerabilidad⁵. Pero aunque se obvie la reflexión semántica, siempre es difícil establecer cuándo empieza un determinado proceso histórico y, necesariamente, se producen arbitrariedades al respecto. Sin embargo, es posible señalar que la irrupción de masas urbanas, independientes del movimiento laboral, se inicia en la política a mediados del siglo XX. Al menos eso aparece claro desde el punto de vista de su participación en la política formal. La irrupción de esas masas populares en la política institucional es relativamente fácil de detectar si se revisa el desarrollo de la participación electoral⁶.

Más allá de la recurrente mitología acerca de una larga tradición democrática de participación política en Chile, es sabido que realmente la movilización masiva, específicamente en su expresión electoral, es bastante reciente. Cabe decir solamente, de acuerdo a las actuales valoraciones, que no es adecuado considerar que existe una gran participación electoral cuando aún no se había establecido el derecho a voto de las mujeres, puesto que ni siquiera considerando exclusivamente la votación masculina, ésta resulte muy extendida. Para decirlo en términos simples, hasta el comienzo de la década del cincuenta, ni siquiera un tercio de los hombres que potencialmente podían participar en elecciones lo hacía. Más aún, a comienzos de la década del sesenta, tampoco participaba más de un tercio de los potenciales hombres y mujeres mayores de 21 años que legalmente habrían podido hacerlo. Sin embargo, en muy poco tiempo en esa misma década, la participación electoral salta a dos tercios de ese grupo. Desde ahí hasta el colapso de la Unidad Popular, la proporción de votantes fue mayoritaria entre quienes potencialmente podían sufragar y llegó a niveles bastante elevados.

Estos antecedentes sirven para mostrar que en un corto lapso de tiempo, se produjo un fuerte aumento en esa participación institucional, aumento que naturalmente corresponde a una inclusión fundamentalmente de capas populares, puesto que los otros sectores fueron quienes iniciaron el proceso de participa-

⁵ Naturalmente, sería muy interesante analizar las connotaciones éticas y políticas que tiene el uso de éstos u otros términos, pero no corresponde hacerlo aquí. Sólo interesa dejar sentado que el uso o no uso del término marginalidad no afecta al hecho de que el conflicto de exclusión se siga desarrollando.

⁶ El análisis electoral que se hace a continuación está sacado del artículo Baño, Rodrigo. "Más allá de culpas y buenas intenciones: consideraciones acerca de la Unidad Popular". En Baño, Rodrigo (editor). *La Unidad Popular 30 años después*. Santiago: LOM Ediciones.

ción décadas antes. Por otra parte, los momentos y la forma en que se produce este aumento de la población votante sirve para apreciar el carácter de esta incorporación, que, como lo señalamos anteriormente, no presenta un paulatino incremento, sino que muestra saltos especialmente significativos. De hecho, la observación de los datos sobre cantidad de votantes en elecciones nacionales indica que hasta mediados del siglo veinte, prácticamente se mantiene el número de electores con que se inicia, con un incremento pequeño y regular (en 1938 existen 443.888 votantes y en 1946, 479.310). Desde aquí en adelante, se producirán dos saltos importantes, en cada uno de los cuales se duplica la votación anterior: en 1952 y en 1964. Aquí pareciera estar la clave de la incorporación de los sectores populares a la política, especialmente de aquellos que se pueden denominar "heterodoxos" para distinguirlos de aquellos más incorporados como trabajadores productivos.

La primera fecha se refiere al "terremoto ibañista". Este fenómeno significa que por primera vez en la política chilena, en 1952, triunfa en una elección presidencial un candidato que está fuera del sistema de partidos. El liderazgo populista de Ibáñez logra una fuerte primera mayoría que obliga a su ratificación por el Congreso y al año siguiente, arrasa con el consolidado sistema de partidos en las elecciones parlamentarias. Uno de los errores más frecuentes que se comete al respecto es relacionar el triunfo de Ibáñez con el hecho de que fue la primera vez que las mujeres participaron en tal tipo de elecciones. Sin embargo, habría que decir que Ibáñez ganó más bien a pesar del electorado femenino, quien votó preferentemente por el candidato de derecha. Además, esta primera vez, la incorporación de las mujeres fue bastante baja, sufragando apenas un 14% de quienes potencialmente podrían haberlo hecho. Esto permite constatar que el crecimiento de los votantes estuvo determinado mayoritariamente por hombres. En realidad, lo que se produce en 1952 pareciera ser la primera incorporación masiva del sector popular marginal a la política. El fuerte contenido populista de la campaña de Ibáñez, esa escoba emblemática que iba a barrer con los poderosos, logra entusiasmar a un importante contingente de sectores anteriormente no movilizadas y que se acrecientan en las ciudades, producto del fuerte proceso migratorio interno. Es notable al respecto que Ibáñez obtiene la mayoría absoluta en las grandes ciudades como Santiago y Valparaíso.

Como es sabido, el proyecto populista de Ibáñez fracasa muy pronto y vuelve a estabilizarse el sistema de partidos en los términos previamente existentes. Sin embargo, este sistema empieza pronto a verse alterado por el rápido crecimiento de la Democracia Cristiana, creada en 1957 mediante una fusión de los falangistas (agrupación política que se mantuvo varios años en contiendas electorales, obteniendo un apoyo relativamente pequeño y estable) con socialcristianos y conservadores desprendidos del partido de derecha. Se transformará muy pronto en un gran partido, pero suele olvidarse el aporte ibañista a esta nueva agrupación. En efecto, el Partido Agrario Laborista, creado como partido de sustento a la candi-

datura populista de Ibáñez, se divide en 1957 y uno de sus sectores más importantes seguirá la candidatura de Frei Montalva en 1958. Luego, otros sectores entrarán al PDC en 1961, apoyando la segunda candidatura de Frei desde 1963.

En 1964 tendrá lugar el segundo gran salto en la participación electoral: nuevamente se duplicará el número de votantes respecto de los comicios anteriores. Ese año, Frei Montalva es elegido, apoyado por una derecha que, asustada por la posibilidad que gane Allende, renuncia a jugarse una opción propia. El triunfo es aplastante: 56% de los votos contra 39% para Allende. Este resultado no es enteramente explicable por el apoyo de la derecha, ya que es bastante superior a la votación que tenían la DC y la derecha sumados. Más aún, cabe considerar que se trata de un resultado muy previsible, lo que haría presumir que disminuiría el interés por concurrir a votar. Sin embargo, la cantidad de votantes es muy superior a todas las elecciones anteriores, incluso la abstención baja fuertemente respecto de otros comicios presidenciales más competitivos. Todo ello pareciera demostrar que se trata de un segundo momento de importante crecimiento de la participación electoral marginal y que este incremento corresponde a un liderazgo que nuevamente aparece con características populistas y mesiánicas. Este punto pareciera corroborarse con una mayor votación freísta en las grandes ciudades que acumulan un fuerte flujo de migrantes que viven en la marginalidad, especialmente en Santiago, donde supera el 61% del total de votos. En efecto, aunque el carácter populista de Frei Montalva no es tan evidente como en el caso de Ibáñez, es posible señalar ciertos aspectos semejantes en cuanto a la fuerte personalidad del líder y la fuerza emotiva de su discurso. Si a ello agregamos el aporte ibañista que se ha señalado respecto al traslado de fuerzas del Partido Agrario Laborista, especialmente de ciertos personajes representativos del caciquismo político, encontramos interesantes similitudes. Está claro que una proporción importante del apoyo a Frei se encuentra en el notable aumento de votantes provenientes de sectores populares.

Todo lo anterior viene a dar cuenta del carácter de la incorporación a la política de los sectores populares anteriormente alejados de ella. Al parecer, esta nueva fase tiene características distintas a las que anteriormente ha tenido la participación política de los sectores populares organizados socialmente en sindicatos y políticamente en los partidos marxistas, especialmente el Partido Comunista. Cabe notar que los estudios sobre bases sociales del Partido Comunista tienden a corroborar su mayor vinculación a posiciones ortodoxas de clase definida estructuralmente, mientras que los socialistas muestran una base más compleja⁷.

⁷ Aunque generalmente se acepta como válida esta afirmación sobre afinidades entre bases sociales y partidos, son muy pocos los estudios empíricos sobre la materia. Aunque breve, el trabajo de Enzo Faletto, basado en un estudio más extenso que alguna vez emprendimos, es una buena referencia. Véase Faletto, Enzo. 1987. *Las bases sociales de los partidos comunista y socialista*. Santiago: Documentos de Trabajo: FLACSO.

A diferencia de las elecciones de 1952 y 1964, en 1970 no se produce un significativo aumento de la participación electoral. Naturalmente no eran posibles nuevas duplicaciones de los votantes, puesto que ya se había alcanzado una proporción superior a los dos tercios de los que potencialmente lo eran, pero sí había margen de crecimiento bastante superior al que se produjo. Más aún tratándose de una elección que se anunciaba muy reñida. Sin embargo no sólo el crecimiento de la votación fue moderado, sino que incluso hubo un notorio aumento de la abstención electoral (de un 13,2 % en 1964 subió a un 16,5% en 1970). Pareciera que la base social de Allende fue fundamentalmente lo que se ha denominado "sectores populares ortodoxos", nucleados en los partidos marxistas, que incluso vieron esta vez disminuido su apoyo electoral respecto a elecciones anteriores. La estrecha victoria de Allende claramente sólo fue posible por la división de las otras fuerzas. Parece probable que la candidatura más personalista de Alessandri se viera beneficiada por un importante respaldo de sectores populares heterodoxos, especialmente si se observa que este candidato obtiene un 15% más de votos respecto de los que tenía su apoyo partidario.

Pero las cosas parecen cambiar radicalmente con la Unidad Popular en el poder. En la primera elección que se hace después de la victoria de Allende, en el año 1971, más allá del apoyo que tradicionalmente se le presta al reciente ganador, pareciera recogerse un respaldo oportunista de los sectores populares heterodoxos ante el desarrollo de una serie de medidas inmediatas con políticas públicas que les benefician, pues promueven una fuerte redistribución del ingreso y el aumento de oportunidades laborales. No es difícil señalar al comienzo del período de la Unidad Popular claras medidas de carácter populista, muchas de ellas promovidas conscientemente para obtener un mayor respaldo popular. Pero, más allá de eso, es necesario también prestar atención a los efectos de la movilización de los sectores populares antes no movilizados.

En las elecciones municipales de 1971, aunque por leve margen, la Unidad Popular logra la mayoría absoluta, mostrando un fuerte crecimiento desde el tercio que obtuvo en las presidenciales de 1970. Lo más notable es que este espectacular aumento es acaparado casi en su totalidad por el Partido Socialista, que no sólo presenta una base social más diversificada, sino que desarrolla un discurso mucho más emotivo y rupturista. Simplemente, pareciera que el sector popular heterodoxo se vuelca al apoyo de la Unidad Popular, atraído por su política populista, y privilegia a aquel partido que se muestra más partidario de intensificar la movilización social y profundizar esa política, aun contra la opinión de los sectores más ortodoxos identificados con el Partido Comunista.

Desgraciadamente, no tenemos el espacio aquí para entrar en análisis más finos y ni siquiera para hacer referencia a lo que ocurre en el todavía importante sector rural. En todo caso, ya en otra oportunidad hemos llamado la atención sobre esta diferenciación de las bases sociales de apoyo a la Unidad Popular y sus repercu-

siones en el desarrollo del proceso. La historia de la división política de la Unidad Popular es bastante conocida como para no repetirla aquí. Los alineamientos de las organizaciones políticas en una u otra alternativa se repiten constantemente, de la misma manera que se hace referencia a las distintas formas de organización social con que opera cada una de ellas. Pero lo que sí interesa resaltar es que la diferenciación no es planteada por determinados dirigentes o por ideologías prevalecientes en agrupaciones políticas, sino que, a la inversa, es una diferenciación social la que se manifiesta en esas distintas opciones expresadas a nivel de líderes y agrupaciones sociales y políticas. Luego viene la conocida historia del golpe y del cierre de la vida democrática.

En la primera elección presidencial que se realiza después del largo período del general Pinochet, triunfa con facilidad el candidato de la Concertación de Partidos por la Democracia. Pero lo que cabe subrayar es que en esa oportunidad, concurre un candidato de derecha, Errázuriz, de fuerte estilo populista, que obtiene un inesperado apoyo de más del 15% de la votación. En la siguiente elección presidencial pareciera que el apoyo de carácter populista se inclinara hacia la candidatura de Eduardo Frei Ruiz Tagle, quien se beneficia del aura carismática de su padre. Esto le permite obtener una abrumadora mayoría del 58%, sin considerar la votación de otras fuerzas políticas que anteriormente habían apoyado al candidato de la Concertación y que ahora van aparte y suman un 12%. Es decir, el solo "efecto apellido" le significa a la Concertación un 15% más de votos que los obtenidos en 1989. Desde esa elección de 1993 en adelante, el fenómeno político más importante será el continuo crecimiento de la apatía política. Los no votantes pasarán de aproximadamente un 20% en 1993 a un 30% en 1996 y a un 40% en 1997. Socialmente, estos no votantes son mayoritariamente jóvenes, quienes rehúsan inscribirse en los registros electorales, y se ubican preferentemente en las comunas que agrupan a la población de ingresos más bajos; se trata fundamentalmente de sectores populares.

En la elección presidencial de 1999, por única vez, se produce una importante baja en el porcentaje de no votantes, el cual cae de un 40% a un 30%. El candidato de derecha, Joaquín Lavín, que desarrolla una campaña de fuerte estilo populista, personalista y antipartidista, logra tal cantidad de votos que sólo le faltó un poco más del 2% para ganar la Presidencia en la primera vuelta. Más aún, es posible sostener que el porcentaje de no votantes no disminuyó más debido al fuerte peso que tienen los no inscritos. Dado el plazo de seis meses con que se cierran los registros electorales antes de una elección, la tardía campaña populista de Lavín no alcanzó a tener efecto entre esos no votantes. Quizás es lo que le faltó para ganar.

Los datos sobre participación electoral parecieran ser bastante consistentes en señalar que, en esta "Segunda República" inaugurada en 1989, la orientación general del sector popular que hemos denominado heterodoxo (en cuanto no

corresponde a una definición clara en términos de clase para una economía capitalista y no puede ser tampoco catalogada como parte de las "capas medias") es hacia la no-participación. Esto contradice versiones que indican (aunque para países desarrollados) que ha surgido un nuevo tipo de apatía o desinterés por la política que ya no correspondería a los sectores populares, sino que se instalaría en estratos medios de la población y en sectores de mayor nivel de educación. En el caso chileno, la información disponible permite constatar que los niveles de no-inscripción en los registros electorales son mayores en las comunas más pobres y que las abstenciones, y votos nulos y blancos también son superiores en estas comunas que en las más pudientes.

Esta apatía electoral, que empieza a crecer rápidamente desde que pasa el momento dramático del plebiscito de 1988 y a medida que avanza la homogeneidad de orientación de las distintas fuerzas políticas, sólo pareciera romperse en las elecciones presidenciales a favor de quienes aparecen expresando cierta personalización de opciones que tienen un fuerte tinte populista. Así ocurre con Errázuriz en 1989, con Frei en 1993 y con Lavín en 1999. Notoriamente, en las elecciones que siguen a estas presidenciales, vuelve a subir la no-participación; vale decir, los partidos que apoyaron a esos líderes no logran retener la votación que obtuvo el respectivo personaje.

El conflicto de exclusión y la acción directa

En cuanto a las formas de acción y movilización de los sectores populares definidos por el conflicto de exclusión, que hemos denominado heterodoxos, en general, se tiende a resaltar el carácter violento de su expresión política. De hecho se podría decir que su consideración como movimiento o sujeto popular se plantea precisamente para dar cuenta de determinadas acciones de este tipo. Este punto parte por la visibilidad de la acción que más los caracteriza en términos de marginalidad urbana, es decir la toma de terreno como una acción muchas veces violenta que posibilita su acceso a un lugar donde establecer su espacio de vida.

Las tomas de terreno tienen una larga historia en Chile y, en general, salvo invasiones pacíficas de terrenos, generalmente fiscales, que se realizan paulatinamente por familias sin casa, constituyen una acción colectiva que requiere de un cierto nivel de organización y planificación. Habitualmente, tales tomas contaron con el apoyo de partidos políticos de izquierda, pero difícilmente se podría decir que fueron creadas desde los partidos. Es más, muchas veces las formaciones partidistas concurrían a posteriori para evitar desalojos y negociar alguna solución de autoridad al problema planteado⁸. El carácter político de una toma de

⁸ Para un buen análisis del tema, véase Espinoza, Vicente. 1988. *Para una historia de los pobres de la ciudad*. Santiago: Sur Ediciones.

terreno, como en el caso de las antiguas huelgas de arrendatarios, resulta difícil de determinar en cuanto a contenidos, puesto que la movilización suele agotarse con el logro del objetivo inmediato. No obstante, ello entraña un desafío al orden y suele generar procesos de concientización y de organización que perduran y que algunos señalan que pueden articularse en términos de proyectos alternativos. Lo mismo podría señalarse en cuanto a las demandas concretas por bienes de urbanización que regularmente se han planteado desde estos sectores marginales y que muchas veces arrancan de la primaria organización de la toma. Lo que indudablemente está claro es que la toma de terreno es una acción emprendida directamente desde el conflicto de exclusión.

Pero las tomas de terreno no son las únicas manifestaciones de acción política de este sector definidos por la exclusión. Por el contrario, la expresión "movimiento poblacional" se acuñará especialmente a raíz del fenómeno de las llamadas "protestas", suscitado en la segunda mitad del régimen militar del general Pinochet. Sin embargo, aunque éstas pueden ser sus manifestaciones más consistentes y prolongadas, la protesta popular, como forma de asonada o rebelión popular, ha tenido otras expresiones, en épocas anteriores. Quizás la más fuerte y menos estudiada fue la protesta que se conoce como "el 2 de abril", ocurrida en 1957. Existe muy escaso análisis sobre este acontecimiento y las explicaciones que se dan no superan la apresurada interpretación periodística. Pero lo innegable es la gran magnitud que tuvo como manifestación pública y violenta de sectores sociales de carácter marginal. Iniciada como manifestaciones estudiantiles de rechazo a la política económica del Presidente Ibáñez, derivó hacia una invasión del centro de la ciudad por "los marginales", quienes se apoderaron de ella y sólo pudieron ser controlados mediante una fuerte represión militar. Recuérdese al efecto que, como se ha señalado precedentemente, ese sector social, aparentemente pasivo, recién había sido movilizado políticamente a través de la campaña populista del mismo Ibáñez, quien debió su triunfo electoral precisamente al apoyo de este sector.

Otro momento importante de movilización se producirá como consecuencia del triunfo de la Unidad Popular, como lo señalamos anteriormente. Aunque inicialmente poco comprometido con el triunfo de la Unidad Popular, las medidas adoptadas, inclinaron claramente a este sector en su apoyo. Durante este gobierno, desarrollará una fuerte movilización accionalista y comunitaria, cuya racionalidad de fines suele vincularse directamente al consumo, aunque su orientación como proyecto tiende a impulsar la radicalización del proceso político. Su identificación político-partidista se hará con aquellas organizaciones más a la izquierda y se enfrentará muchas veces con la orientación oficial de la Unidad Popular. La disminución de la represión policial en un gobierno que se definía como popular, así como las oportunidades de romper la exclusión que pareciera abrir la orientación de éste, multiplicaron las acciones de este sector,

tanto en el terreno ya tradicional de las tomas, como en la multiplicación de demandas tendientes a acelerar el proceso, todo lo cual se traducirá en un sostenido aumento de su organización y conciencia. No obstante, en todo momento, el gobierno y los partidos que lo apoyaban lograron impedir que la movilización de este sector desbordara los límites institucionales hacia un enfrentamiento más generalizado con otros sectores.

Interesa en este punto rescatar una observación que puede ser de gran importancia en el análisis de este sector. En efecto, si bien las medidas populistas pueden actuar como impulso a su movilización en apoyo de la Unidad Popular, también se hace necesario considerar que las posibilidades reales de acción de estos sectores populares, que son incentivados a participar y a los cuales no se les aplican las habituales medidas represivas, permite que encuentren en la propia acción el rechazo a la exclusión que los caracteriza. Dicho de manera más directa: la posición de estos sujetos es definida fundamentalmente en términos de exclusión y la negación de esa marginalidad se produce en cuanto recuperación del sentido comunitario y sentimiento de pertenencia a una totalidad. Esto hace que los sujetos excluidos se realicen en el accionismo comunitario independientemente de expectativas racionales de logro de determinados objetivos conscientemente deseados⁹. En este caso, resulta particularmente claro que los análisis hechos en términos de la estricta racionalidad de fines de los actores puede llevar a importantes carencias en la explicación. Esto puede producirse debido a la común confusión entre los requerimientos científicos de tratar de entender racionalmente los comportamientos sociales y la arbitraria suposición de que todas las acciones son racionales.

El golpe militar de 1973 terminará de manera drástica con la fuerte movilización de los sectores populares marginales. Pero el régimen no sólo impidió que éstos siguieran actuando, sino que procedió a una muy fuerte represión contra ellos. Tal represión no sólo fue brutal y masiva, sino que se continuó mediante una deliberada política de vigilancia y prevención de posibles rebotes. Parte importante de esta política fue la desarticulación de los centros mismos de ubicación de esta población a través de planificadas políticas de erradicación de los habitantes de asentamientos marginales. Es sabido, además, que la época del terror destruyó las organizaciones sociales y políticas de todos los sectores populares y que el deterioro económico propio de la reestructuración del modelo económico exigió estrategias particulares de sobrevivencia como imperativo ineludible.

Una de las formas con que el régimen militar enfrentó su marcado carácter antipopular fue mediante la formulación de un discurso que adoptó explícitamente

⁹ En el libro *Lo social y lo político* (1985), intento hacer un análisis del carácter comunitario del movimiento poblacional.

te el reconocimiento de las diferencias existentes al interior de los sectores populares, intentando presentarse como verdadero defensor de los "realmente pobres". Se definió a los trabajadores regularmente incorporados a las empresas productivas como un sector privilegiado que, gracias a las presiones sindicales y políticas, había logrado niveles aceptables de bienestar social, mientras que los verdaderos pobres estaban sumidos en la miseria. El gobierno militar se preocuparía ahora de estos pobres ayudándolos a salir de esa miseria. Más adelante, se implementaría un programa asistencialista de carácter focalizado a través de diversos subsidios a la pobreza, lo cual le permitiría un cierto manejo clientelar de una parte de este sector, que formaría el núcleo de lo que se conoce actualmente como "pinochetismo popular". No obstante, la regresiva política de distribución de ingresos en beneficio de la acumulación capitalista y especialmente las altísimas tasas de cesantía, generaron un fuerte aumento de la pobreza y el consiguiente rechazo generalizado de estos sectores populares.

Si a lo anterior agregamos una constante acción represiva contra las poblaciones, se comprende la reacción de éstas a raíz de la crisis económica iniciada en 1982 y que generará agudos problemas sociales y políticos en todo el país, incluso entre sus sectores dominantes. Y si nos centramos en las mayores movilizaciones, que son las que se desarrollan en torno a las llamadas "protestas", es posible apreciar que nuevamente se planteará la división de los sectores populares entre movimiento sindical y movimiento poblacional¹⁰. Quien convoca a las protestas es el movimiento sindical, pero quien las realiza es el movimiento poblacional. Entre ambos movimientos, es posible encontrar grandes diferencias en cuanto a objetivos y métodos, y más que acercarse tienden a diferenciarse. En todo caso, parece indudable que la mayor fuerza de las protestas se genera en las poblaciones populares y es eso lo que va a dar lugar a los análisis acerca del "movimiento poblacional". Las acciones desplegadas durante las protestas, inicialmente planteadas en términos ciudadanos genéricos y con participación de capas medias, fueron radicalizándose cada vez más en las poblaciones populares, generando perspectivas de carácter insurreccional que nunca alcanzaron a desarrollarse. Finalmente, la transición se realizará aislando a este sector popular heterodoxo y sus movilizaciones, lo que permite la hegemonía del centro político y de los sectores medios en el control del proceso. Con esto no desaparece el conflicto centrado en la exclusión, ni desaparecen los sectores que esta marginalidad hace significativos. No obstante, está claro que se generan condiciones distintas en sus posibilidades como movimiento.

El retorno a la democracia en 1989 no sólo tendrá a estos sectores aislados del proceso de transición, sino que, además, las expectativas que inicialmente ge-

¹⁰ Véase el texto *Lo social y lo político* (1985) señalado en nota anterior.

nera esta democracia, más el temor de que movilizaciones sociales pudieran revertir el proceso, generan un ambiente contrario a formas de acción directa. Posteriormente, la bonanza económica que, aunque en forma tangencial e insuficiente, empieza a aliviar su situación, será otro de los elementos que concurren a explicar su poca presencia como movimiento. Como ya señalamos, la acción política de estos sectores sólo se advierte en el ámbito institucional en términos de opciones electorales de apoliticismo o adhesiones a liderazgos personales de tipo populista.

Las condiciones actuales de los sectores populares

Como hemos señalado en otras oportunidades, las enfáticas declaraciones de que todo ha cambiado o de que todo sigue igual sólo son un recurso retórico de eficacia variable según los públicos. El cambio siempre será un concepto relativo: no sólo no puede haber apreciación de cambio que no sea en comparación con algo que no cambia, sino que el cambio siempre es específicamente de algo. En relación con los sectores populares, es preciso tener esto bien en cuenta para evitar confusiones o frases sin sentido, pues aquí tenemos cosas que cambian y cosas que no cambian.

Parece claro que se mantienen los criterios de pobreza y dominación para caracterizar a los sectores populares. También se podría sostener que son los conflictos de producción y de exclusión los que hacen significativos a estos grupos. Sin embargo, hay muchos aspectos que definen su situación concreta que han cambiado. Para empezar, habría que señalar que el peso relativo de los conflictos y de los sectores significativos ha cambiado. En efecto, el peso de los trabajadores, en su núcleo duro de "clase obrera", ha disminuido ostensiblemente. Hasta mediados del siglo XX, la masa trabajadora mostraba bastante fuerza objetiva respecto del resto de la sociedad: por una parte, tenía una gran importancia estratégica en la producción, lo que hacía que sus acciones en este terreno tuvieran un fuerte impacto. La amenaza de la huelga, aunque no fuera la mítica huelga general, era entonces un arma poderosa en sus luchas. Por otra parte, dado lo reducido de la masa electoral, el voto de los trabajadores podía tener un fuerte impacto y parecía rentable no desafiarlo al extremo. En la actualidad, ya no es así, más aún cuando no sólo ha disminuido su peso relativo sino que el sector se presenta mucho más heterogéneo y con graves dificultades para generalizar y organizar sus intereses.

A lo anterior, cabría agregar el fuerte proceso de precarización laboral, que genera una gran inestabilidad y una creciente desprotección del trabajador. Esto se aprecia claramente en una persistente disminución de la masa sindicalizada (que apenas llega al 9% de la masa asalariada) y de la negociación colectiva, además de un fuerte crecimiento de los asalariados que trabajan sin contrato formal (del 18% en 1990, sube al 23,2% en 2000).

En cuanto a la exclusión social, también encontramos cambios importantes. En primer lugar, es innegable una mejoría en estos sectores, producto tanto de las oportunidades que genera el crecimiento económico general, como por la mejoría técnica en la aplicación de políticas asistenciales. Muchas veces la oportunidad de un empleo, por precario que sea, significa una mejoría importante en condiciones extremas. Especialmente importante ha sido en estos y otros sectores la posibilidad de incorporar un segundo miembro de la familia (generalmente la mujer) al mercado laboral. Pero que se hable de una pequeña mejoría en estos sectores no significa que se haya producido su incorporación. Por el contrario, la exclusión adquiere rasgos más marcados y más definitivos. Esto es especialmente notorio cuando se observa no sólo cómo se agranda la brecha entre ricos y pobres, sino que al constatar que aquellos mecanismos que idealmente facilitarían la movilidad social, como la educación y el trabajo, se transforman en mecanismos de perpetuación de la exclusión, desde el punto de vista generacional.

Es posible sostener que en los momentos actuales, el conflicto de exclusión tiene mayor visibilidad que el referido directamente a la apropiación del producto generado por el trabajo. Más aún, el énfasis oficial y a nivel de medios en el tema de la pobreza refuerza esa visibilidad, ya que permite definir a lo popular como categoría aparentemente no conflictiva. La estratificación socioeconómica de la población y las líneas de pobreza aparecen como un resultado no intencional del modelo. El pobre no es pobre porque el rico le haya quitado algo, sino porque no ha querido o podido adquirir riqueza, lo cual es muy diferente al trabajador, que siempre podrá sostener que el empresario capitalista se apropia en su beneficio de parte de lo que él produce. Esa mayor visibilidad del conflicto de exclusión, centrado en el tema de la pobreza, tiene también mucho que ver con lo extraordinariamente difícil que resulta en la actualidad determinar las formas de producción y apropiación de plusvalía, como se mencionó anteriormente. La terciarización de la economía, la interpenetración de los antiguos sectores económicos, la transnacionalización, el predominio financiero, la resignificación del dinero y del crédito, la transformación de las relaciones laborales, las nuevas formas de articulación empresarial, son algunos de los cambios que generan esa opacidad de las relaciones de producción en términos de apropiación del producto. Dentro de tales cambios, resulta relevante para nuestro tema señalar la particularmente oscura relación entre la economía formal y la economía informal, lo cual incide directamente en la evaluación de los sectores marginales.

Conclusión

Más allá de las estadísticas que normalmente se manejan para cuantificar y describir los sectores populares, todavía falta mucho trabajo de análisis que permita captar lo que efectivamente ha estado cambiando y cuál es su situación

como sectores y como sujetos. Insistimos en que, más allá de los énfasis que se puedan poner en las determinaciones estructurales o en los sujetos sociales, un estudio de estas materias no puede dejar de considerar ambos aspectos.

Muchas transformaciones han ocurrido y están ocurriendo con respecto a los sectores populares, pero éstos siguen siendo significativos desde la perspectiva de determinados conflictos. Esto no implica, como algunos suponen, que puedan ser comprendidos en términos de un accionar orientado por proyectos que permitan superar tales conflictos. Es posible sostener que, teóricamente, frente al proyecto implementado por los grupos dominantes, existe virtualmente un proyecto alternativo, pero sólo en cuanto negación del dominante y no como una alternativa concreta. Esto es particularmente visible en situaciones de crisis, como la que han experimentado recientemente algunos países vecinos, donde la fuerza del rechazo resulta estéril ante la falta real de alternativa constituida.

Bibliografía

- Baño, Rodrigo. 2003. "Más allá de culpas y buenas intenciones: consideraciones acerca de la Unidad Popular". En Baño, Rodrigo (editor). *La Unidad Popular 30 años después*. Santiago: LOM Ediciones.
- Baño, Rodrigo. 1985. *Lo social y lo político*. Santiago: Ediciones Ainavillo.
- Espinoza, Vicente. 1988. *Para una historia de los pobres de la ciudad*. Santiago: Sur Ediciones.
- Faletto, Enzo. 1987. *Las bases sociales de los partidos comunista y socialista*. Santiago. Documentos de Trabajo: FLACSO.
- Habermas, Jürgen. 1989. *El discurso filosófico de la modernidad*. Buenos Aires: Taurus.
- Salazar, Gabriel. 1985. *Labradores, peones y proletarios. Formación y crisis de la sociedad popular chilena del s. XIX*. Santiago: Ediciones Sur.
- Salazar, Gabriel. 1990. *Violencia popular en las grandes alamedas*. Santiago: Ediciones Sur.
- Salazar, Gabriel y Pinto, Julio. 1999-2002. *Historia contemporánea de Chile*. Santiago: LOM Ediciones.